

Comunismo y democracia

Por Vicente Andrade S. J.

Una coincidencia histórica, el asalto de un enemigo común, ha aliado en la guerra al comunismo soviético y a las democracias anglosajonas; y aprovechando hábilmente esa posición el bolcheviquismo ruso quiere hacernos creer que su régimen es democrático y que defiende los intereses de la libertad.

Más aún, en trance de muerte, cuando las puntas de lanza nazis llegaban al corazón del territorio patrio, reconoció la libertad religiosa e hizo concesiones a la propiedad individual.

Pero no podemos dejarnos engañar: los cambios oportunistas y tácticos en un programa político, no cambian la esencia misma de su doctrina, si los principios permanecen los mismos. Y esas concesiones están completamente en contradicción con los postulados comunistas desde Marx hasta Stalin, 1941. Pasado el peligro, volverá a restablecerse la doctrina integral y su aplicación totalitaria.

En sus principios filosóficos, el comunismo es la antítesis de la verdadera democracia; porque ésta tiene que considerar a la persona humana como un ser inmortal con un destino ultraterreno, para acondicionar su vida temporal en función de esas realidades sobrenaturales, mientras que el comunismo, al decir de Lenin, "considera todas las religiones y todas las iglesias contemporáneas, las organizaciones religiosas de toda suerte, como instrumentos de la reacción burguesa, destinados a embrutecer a la clase obrera y a perpetuar su explotación" (1).

Para el comunismo la colectividad es la realidad suprema, y el individuo en tanto tendrá derechos, en cuanto de allá se le deriven; para la democracia la persona es el valor supremo, punto de partida y término de la vida social, y los derechos serán inalienables y anteriores a los de la colectividad.

En los principios políticos, el comunismo es totalitario, en abierta oposición con los postulados democráticos. Es totalitario porque pretende regular en virtud de un derecho propio todos los dominios de la vida social, y rehusa reconocer a la sociedad el derecho a gobernarse y a administrarse, y es absolutista porque no pone límites a la autoridad del Estado.

Al orden económico le da el comunismo la mayor importancia, como infraestructura de toda la vida social, y propugna cambios esenciales que van en contra de derechos naturales del hombre, base incommovible de la democracia.

Por eso, lo que hace inaceptable el comunismo no son los prejuicios burgueses, ni el miedo a un nuevo orden de cosas. Es su materialismo radical, es su ateísmo, es su desconocimiento de los derechos del hombre, son sus métodos de tiranía y es su opresión totalitaria de la persona humana, de la familia y de la nación.

(1) V. I. Lenin, Pequeña biblioteca leninista, Nº 5, La religión. Ediciones Europa-América.

El comunismo doctrinal, transcripción rusa de la doctrina germano-judía de Marx, se hizo carne desde 1917 en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ya desde sus orígenes doctrinales, el comunismo pretendió ser una doctrina de un nuevo orden internacional, y la expresión práctica de esos intentos fué la creación del Komintern, organismo encargado de preparar la revolución mundial y el advenimiento universal del comunismo.

Por su esencia, es por tanto decididamente proselitista; pero los aliados capitalistas y proveedores de armamentos, exigieron el abandono de esas pretensiones, y se disolvió el Komintern. Concesión táctica para tranquilizar al capitalismo; pero no abandono de los principios. El comunismo sabe muy bien adaptarse a las circunstancias y aun empeñar palabras que no piensa cumplir. ¿No fué acaso el tratado de Brest-Litovsk el primero que hizo en el poder?

Desde hace mucho tiempo se han elaborado los planes de esa soviétización mundial y en especial en lo que se refiere a Sur América, terreno muy propicio en su concepto para la implantación del comunismo, hay programas concretos de acción.

Uno de los puntos básicos de ese programa era la creación de un triángulo de centros de influjo con bases en Méjico, Colombia y Montevideo. La embajada soviética en Bogotá, viene a llenar esa aspiración. La prueba de que piensa en ejercer una acción política y social entre nosotros, es el tren de empleados con que se presenta. No somos un país que tenga relaciones comerciales y culturales con la Unión Soviética, ni posibilidades próximas de tenerlas. ¿Venrán entonces esos agentes de Moscú tan sólo a contemplar las bellezas de la Sabana?

En Colombia existe ya una organización comunista pequeña; pero bastante disciplinada. Sigue exactamente los métodos del comunismo mundial: buscar obreros, universitarios, empleados inteligentes y audaces, para encargarles la creación de grupos o células en las fábricas, en las empresas, en los sindicatos; darles una formación especial en cursos de acción política y táctica revolucionaria, como el que se desarrolló el año pasado en Bogotá, y transmitirles secretamente consignas de acción y agitación por medio de su órgano "Tareas". Son ellos los dirigentes de casi todos los sindicatos, y han llegado a adueñarse de la C. T. C.

Esos grupos son núcleos de revolucionarios, listos para entrar en acción y para apoderarse del poder por la violencia en cualquier momento oportuno; después seguirá el implantar por la fuerza sus ideales políticos y sociales en la nación, echando por tierra los restos vacilantes de la democracia.

Esta incipiente organización criolla, falta casi siempre de jefes y de orientación, los va a encontrar en el refuerzo ruso que nos viene por valija diplomática.

Y no es difícil prever el resultado. En nuestra patria por todas partes aflora la miseria, y la miseria es terreno preparado para el descontento y la revuelta. Más así como es difícil poner remedio a corto plazo a problemas sociales tan graves, así es fácil excitar los instintos primitivos de agresión y hacer de la miseria ajena pedestal de encumbramiento político.

Y no es que estemos de acuerdo con esa injusta distribución de las riquezas, que sin ser tan profunda como en los países industriales, es entre nosotros más visible y palpable. No es que queramos defender a los ricos y a los dueños de la

tierra y de las industrias, entre los que hay algunos preocupados por sus deberes sociales; pero entre los que hay muchos también, profundamente egoístas e indiferentes al problema social. Esa situación clama al cielo y exige pronto remedio: pero la solución de la violencia que propone el comunismo, además de injusta, es contraria a los verdaderos intereses populares y a los intereses nacionales que están en estrecha interdependencia. El pillaje sólo aprovecha a los agitadores, desorganiza la incipiente industria nacional, y en resumidas cuentas viene a aumentar la miseria material y moral del pueblo.

Los comunistas nos dirán que sus sistemas han hecho maravillas en la economía rusa y no se puede negar que un estado fuerte y una economía dirigida pueden hacer progresar enormemente a una nación.

Pero lo mismo puede alegar la Alemania nazi o la Italia fascista, y entonces los progresos técnicos y económicos no se deben a los métodos comunistas, sino a los sistemas totalitarios.

Y si ese adelanto se hace a costa de los valores espirituales, con la esclavización de la dignidad humana es reprobable, ahora se haga bajo la insignia de la cruz gamada o de la hoz y el martillo.

El enemigo común ha hecho aunar en un solo frente al capitalismo anglosajón y al comunismo soviético. Viejos enemigos irreconciliables han tenido que olvidar sus querellas; pero a medida que los éxitos de las armas los favorecen, se ven actuar entre bastidores los intereses antagónicos.

Pero no van a ser Estados Unidos e Inglaterra los que decidan de la post-guerra, sino Rusia; es ella la que está ganando la guerra, y hay que reconocer el heroísmo de todos esos valientes "moujiks" tiranizados por los soviets que han surgido para defender la patria en peligro. A su lado ha podido lanzar Rusia al frente de batalla multitud de tribus guerreras, tártaros y mongoles, irresistibles ahora en los modernos monstruos de acero, como cuando cabalgaban hacia Europa en los fogosos caballos de las estepas.

Una nueva amenaza se cierne sobre la civilización occidental, como en los tiempos de Gengis-Kan. Nadie sabe donde se irán a detener esas hordas conquistadoras si llegan a aplastar el bastión germano.

Pero ni esto hará falta. En las guerras contemporáneas ha desempeñado un papel decisivo la quinta columna, y entre nosotros se han hecho ridículas alharcas alrededor de la quinta columna nazi.

El comunismo tiene en todas partes su quinta columna; en la misma Alemania los cuatro o cinco millones de comunistas oprimidos por el nazismo levantarán apenas puedan la cabeza, y la técnica y la organización alemanas se pondrán al servicio del comunismo, y el reguero de pólvora se extenderá por toda Europa.

El triunfo de Rusia va a traer en todas partes una ola avasalladora de comunismo; en todas partes se va a tratar de realizar un nuevo orden social, que comenzará por liquidar al capitalismo. Si no fuera más que ésto, no habría

motivo sino de alegrarse; pero en esa ciudad nueva que promete el paraíso de la tierra, no habrá lugar para Dios, ni para la conciencia, ni para los valores morales; para gozar de los bienes terrenales habrá que abdicar todo lo que le dá al hombre su verdadera grandeza.

Por éste es el comunismo la mayor amenaza para la civilización cristiana y para la democracia, que es su más preciosa adquisición en el orden social.

Es explicable el que aquéllos para quienes el triunfo de Rusia significa la liberación del odioso yugo nazi, lo vean venir con júbilo: pero sería incomprensible estrechez mental y lamentable confusión de ideas, el afirmar que el comunismo ha cambiado en su esencia, y no apreciar la magnitud del problema que se avecina.

El porvenir es un enigma; a nosotros solo nos pertenece el presente. Tenemos en nuestras manos una doctrina social redentora, la única que aporta el verdadero remedio a los problemas sociales, y la única que puede hacer frente al empuje avasallador del programa comunista al alcance de las mentes más rudas y de un temible dinamismo, porque despierta instintos primitivos y compromete intereses vitales.

Pero es mayor el dinamismo del amor y la bandera del amor al prójimo; y la defensa del pobre, que tremoló por primera vez en manos del Dios-obrero de Nazaret, y tiene que expresarse en sus discípulos, en conmiseración por la suerte de los menos favorecidos por la fortuna, y en acción eficaz por mejorar su suerte.

No son católicos, de verdad, los que ponen sus intereses económicos por encima de los deberes de justicia; ellos son al contrario, los mejores aliados del comunismo; porque son los que dan justificación al descontento y a los procedimientos de violencia.

Hay que proclamar muy alto las exigencias de la justicia social, y tratar cada uno de ponerlas en práctica, comenzando por pagar un justo salario, a los que le sirvan.

Frente al orden social de los esclavos de la materia, que pretende implantar el comunismo, erijamos el nuevo orden social cristiano, fundado en la fraternidad de todos los hombres bajo el mismo Padre que está en los cielos.

Como plan de organización de la sociedad, poseemos en el corporativismo, el único que corresponde a su verdadera naturaleza, que es verdaderamente democrático, y el único que sin violentarla, la puede llevar a su plenitud de desarrollo, mientras que el comunismo se estanca en la dictadura.

Como realizaciones sociales que sean garantía de la eficacia de nuestras ideas, podemos señalar con el dedo en la historia las más portentosas transformaciones sociales, la revolución social de mayores proporciones y de más fecundos resultados, mientras que el comunismo sólo puede mostrarnos al igual de todas las tiranías, desde Asiria hasta el nazismo, unas cuantas realizaciones materiales, a costa de mucha sangre y de la libertad.

Y por eso será siempre el comunismo el mayor enemigo de la democracia.